

Segunda parte

San Lucas 9,51 nos lleva a ver a Jesús tomando la firme resolución de dirigirse a Jerusalén. El texto griego nos dice que él se encaminó hacia allí, aunque sabía lo que le esperaba. En cada momento manifiesta la fuerza victoriosa en el sufrimiento, en su pasión, como una llamada especial al valor y a la fortaleza. Su camino alcanza su apogeo cuando toma su cruz y se dirige al calvario. Su misterio salvífico aquí es el “*cargar*”. El buen pastor nos carga sobre sus hombros. Su cruz somos nosotros, su cruz más pesada, el peso de toda la humanidad. De repente una ayuda inesperada. Surge, como por sorpresa, alguien que va a cargar la cruz detrás de Jesús. Obligado o libremente, no importa. Acepta llevar la cruz.

Tenemos, plásticamente, concretamente, el símbolo del discípulo, el que toma su cruz y sigue detrás de él. Para el discípulo la llamada incluye, como consecuencia, cargar con la cruz. Es decir, asemejarse y asimilar al Señor. Cargar la cruz es asumir los sentimientos y las actitudes de Jesús. Leyendo Isaías 53 los cristianos supieron reconocer en él a Jesús como el que tomó sobre sí la maldad humana y que fue aplastado por los crímenes de la humanidad. Con Jesús asumimos los dolores y las esperanzas de la humanidad. Al prestar atención y consuelo a las mujeres de Jerusalén, Jesús nos lleva a mirar los dolores de tantas mujeres que con él llevan la cruz de la violencia, del hambre, de la discriminación, del tráfico humano, de la violencia doméstica, del feminicidio, de la migración forzada, de la mutilación, de la pérdida de los hijos. No hemos sido llamados a mirarnos a nosotros mismos ni a lamentar nuestros fracasos y tristezas. “Estamos más solos que nunca en este mundo masificado que hace prevalecer los intereses individuales y debilita la dimensión comunitaria de la existencia. Hay más bien

mercados, donde las personas cumplen roles de consumidores o de espectadores. El avance de este globalismo favorece normalmente la identidad de los más fuertes que se protegen a sí mismos, pero procura licuar las identidades de las regiones más débiles y pobres, haciéndolas más vulnerables y dependientes. De este modo la política se vuelve cada vez más frágil frente a los poderes económicos transnacionales que aplican el “divide y reinarás”. (Fratelli Tutti 12) Como Jesús, somos llamados al valor y la fortaleza. Nuestra misión es llevar las cruces de los dolores ajenos. Incluso si nuestra propia cruz nos pesa. La cruz de la vida, de las limitaciones, de los defectos, incluso de los pecados que reconocemos en nosotros mismos. Esto sin volver dentro de nosotros mismos. En la medida que asumimos los dolores de los demás, se va manifestando el sentido salvífico del sufrimiento. Estar atento a los otros nos libera de nosotros mismos. Nuestros ojos deben escudriñar la multitud que nos rodea y detectar los dolores de aquellos en donde posan nuestros ojos. Cargar la humanidad sobre los hombros es estar junto a aquellos que sufren cualquier dolor para luchar por la vida de todos. Comprender a los que se equivocan, hacerles descubrir la vida y depositar en Jesús la esperanza. La unión con Jesús es la fuerza para llegar a eso. Solo la gracia divina lo realiza. ¿Cómo vivir concretamente esta misión? ¿Cómo llevó San Pablo de la Cruz su cruz y la de los demás?

El misterio de la muerte

Se consuma el bautismo de Jesús. Jesús se sumerge en el misterio de la muerte. La celebración pascual, que se inicia en la Última Cena, se prolonga y se concreta en la cruz, se hace presente en cada Eucaristía y continua en los dolores de las vidas de los que sufren en todos los tiempos. El mismo acto de amor absoluto, de donación total se perpetúa ante nosotros y nos arrastra como una ola sobrecogedora para vivir íntegramente el amor. La Pascua del

Señor nos envuelve, nos resucita, nos da el don del espíritu y nos impulsa hacia el día definitivo de la venida gloriosa del Señor. Ante nosotros el precio de nuestra salvación, el cordero inmolado, el viviente. Su cruz es la cátedra más elocuente. En ella aprendemos el verdadero amor. Para progresar en el amor a Dios no conocemos un libro más sublime que Jesucristo Crucificado (S. Maximiliano Kolbe). Desde su trono, su gloriosa cruz, fluyen los cuatro ríos que purifican e irrigan todo el universo. Lavados y purificados en la sangre redentora, somos revestidos de la nueva vestidura recibida en el bautismo. El vestido blanco lavado en la sangre del Cordero: color rojo de sangre y color blanco, de muerte y resurrección. Como en el Génesis, Dios cubre ahora nuestra desnudez, nuestra nada, con la prenda incorruptible de la gracia. Ante nosotros la terrible muerte por crucifixión. La sorprendente simplicidad de los relatos evangélicos hace que se refleje la grandeza, la importancia y la majestad del hecho.

En Flp 2,5 San Pablo nos invita a tener los mismos sentimientos de Cristo. Viéndolo en la cruz, nos preguntamos: ¿qué sentimientos tenía Jesús en ese momento? En primer lugar, el terrible dolor físico por todo el cuerpo. Pero su corazón siente la compasión que lo llevó al extremo del amor. Se abandona a los torturadores y a las manos del Padre. Manifiesta extraordinariamente su perdón, tan anunciado y enseñado. Acoge la confesión del bandido crucificado con él. Y, tal vez el mayor sufrimiento, el abandono del Padre. Estar en la cruz, en lugar de todos los que rechazan la presencia amorosa de Dios. Reza el salmo 22: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”* No recibe respuesta. Como si el Padre le dijera: ¿no fue para esto que te hiciste humano? ¿No sabes que no estoy de tu lado, sino del lado de esta humanidad que me rechaza? Por eso te hice signo de la más terrible separación, separarte y ser separado de mí. A través de su entrega amorosa se cubre toda la falta de amor de toda la humanidad. La aceptación de Jesús es plena. Nuestra mirada se

dirige a la cruz. En el desierto, los que miraban a la serpiente en el estandarte quedaban curados (Núm 21,7-9). El profeta (Zc 12,10) anuncia el don de súplica y compasión cuando se mira y se llora como se llorara un hijo único. Juan retoma la idea en 8,28 y 3,14.

Ahora solo le quedaba la Madre y la vida. En esta hora, la más solemne, la Madre nos es entregada. La Madre de los dolores, la Madre de la Pascua, la Madre de la Esperanza, la Madre de la Vida, la Madre de los sepulcros vacíos, la Madre de las piedras rodadas, de las Muertes vencidas. María de las madrugadas para despertar a la vida. María de la prisa, de la urgencia, de la victoria sobre el inmovilismo. María de la búsqueda y del encuentro, pero no de la tranquilidad acomodada. María, no del desierto estéril, sino de las fuentes inagotables. María de la belleza, de la armonía, de las flores, de la ternura y del afecto. María de Dios. María, MADRE.

Le queda la vida. También la entrega. Juan es el único que dice que, al morir, Jesús inclinó la cabeza y entregó el espíritu. O el Espíritu. Vuelto hacia la tierra, vuelto hacia la Iglesia reunida al pie de la cruz, vuelto hacia nosotros. El Espíritu Santo derramado en la Pasión realiza la transformación del universo, acogido en un abrazo por los brazos extendidos en la cruz.

Así hace que el cosmos se convierta en la materia de la eucaristía escatológica, cuando por su cristificación, Dios sea todo en todas las cosas. Magnífica y misteriosa manifestación de la Trinidad: el Padre que acoge el sacrificio del Hijo que entrega el Espíritu. Mística escatología ya realizada y aún no manifestada. Una vez muerto, ¿quedaba algo en Jesús? *“...Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza e inmediatamente salió sangre y agua”*. Sangre y agua brotan del corazón abierto, los sacramentos del bautismo y de la eucaristía. Al rasgarse el corazón, comprendemos que la Pasión es darse en el amor. La herida nos deja ver el interior del corazón, buscamos en las entrañas de la

misericordia *“a través de las heridas del cuerpo se manifiestan los secretos de su corazón, se revela el gran misterio de piedad, las entrañas de misericordia de nuestro Dios que desde lo alto nos visitó como sol naciente”* (S. Bernardo).

Entrando por la herida del costado de Jesús, encontramos vida en la muerte, fuerza en la fragilidad, esperanza en el sufrimiento. El Año Santo 2025 nos invita a peregrinar en la esperanza. En la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, Francisco nos exhorta: No nos dejemos robar la esperanza, el Evangelio, la comunidad, la alegría, el celo misionero, el rostro joven de la Iglesia...Haciendo memoria de la Pasión, se abre ante nosotros la dimensión escatológica de lo que meditamos. Por la Pasión y la cruz con el momento culminante de la resurrección, se abre para todos el reino de Dios. Plenamente realizado en Jesús y aún en construcción en el mundo. Por eso peregrinamos con la Iglesia y ella, nunca instalada en la historia, nos llama a la esperanza. La esperanza está en nuestro presente, pero en el futuro de Dios. Lo que Jesús hizo en la cruz sustenta nuestra esperanza y nos asegura lo que aún esperamos. Jesús se identificó con todos los crucificados de todos los tiempos. Vivir la esperanza es luchar para que haya vida, vida plena en todos los que sufren.

La Pasión se convierte en misión. A ella somos enviados. San Pablo de la Cruz nos acompañe e interceda por nosotros.